

COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS (II)

EL LENGUAJE FIGURADO EN EL LIBRO DE ISAIAS

ENTRE los profetas que nos han legado sus escritos, el mayor, al menos literariamente, sin ningún género de duda, es Isaías. Grande en toda la acepción de la palabra; grande por la duración de su vida pública, ya que abarca cuatro reinados; grande por el contenido y extensión de sus profecías; grande por la alta elevación de su estilo en el que, junto a la altísima inspiración profética, brilla la máxima elegancia de dicción poética con todos los adornos de las galas literarias. Esta es la primera impresión que se destaca de la simple lectura de sus admirables escritos, aún en las versiones, pues como es bien sabido, por buena que sea una traducción, nunca alcanza la prestancia del original. Esta impresión queda profundamente consolidada y reafirmada cuanto más se le lee, y el alma no se sacia de recorrer sus páginas, al encontrar cada vez nuevas maravillas.

Todos los hechos históricos que van jalonando los reinados de Ozías Joatán, Ajaz y Ezequías, la perversión del pueblo, inducido por sus gobernantes, los cambios políticos, las invasiones cercanas o previstas para un futuro no tan inmediato, según su espíritu profético... la vuelta de Israel a la amistad con Dios, todo desfila en las páginas maravillosas de este libro de la manera más impresionante, con los acentos más propios para cada momento y, siendo, como es, palabra divina, no desdeña los

adornos de la estética literaria, antes al contrario, se reviste de ellos para que la palabra divina que se levanta a tanta altura sobre la meramente humana por razón de su contenido, no desmerezca en su forma externa, en su manera de presentarse a los hombres.

Mucho se han admirado, y con razón, las bellísimas comparaciones, imágenes, metáforas, epítetos, de los escritores y poetas griegos, en especial de Homero que nos habla de “Eos, la de los rosados dedos”, de “la risa innumerable del mar”, de “Héctor, el de tremolante casco”, de “Minerva, la de los verdes ojos”, de “vírgenes de hermosos peplos”, de “troyanas de lindas trenzas”, de “Aquiles, el de los pies ligeros”, de “Zeus, que lleva la égida”... y que incluso ve “el mar florido de cadáveres” y se entusiasma ante el “vinoso Ponto, abundante en peces”. Ciertamente, el aeda griego es un altísimo poeta y nuestra mente occidental, formada y troquelada en los moldes clásicos de Grecia y Roma, lo admira con razón; pero con frecuencia se ha caído en la injusticia de considerar como inferior, incluso como ínfima, toda manifestación cultural que no se someta a estas reglas clásicas occidentales, y se desprecian, sin conocerlas, otras formas estéticas que obedecen a distintos dictados, pero que, estudiadas con la atención que se merecen, nos revelan un mundo inmensamente hermoso y que sufre la mayor parte de las veces la comparación con el nuestro y no temo decir que, en algunos puntos, le superan. Tal ocurre con la cultura humana del Oriente Medio, en especial la representada por el “pueblo del Libro”, Israel, el elegido para guardar la palabra de Dios revelada a los hombres.

“Canta, oh Musa, la cólera de Aquiles”, así principia Homero su libro inmortal.

“Oíd, cielos, y escucha, tierra, que habla Yavé”, es el comienzo del libro de Isaías.

Aunque en el estilo alto, sublime, del libro de Isaías podemos recoger todas las figuras literarias, casi en cada uno de sus capítulos, destacan, sin embargo, por su abundancia los símiles y *comparaciones*, sembradas a todo lo largo del libro, con la mayor precisión y variedad; se repiten muy pocas, y siempre sin que se note esfuerzo, ya que fluyen con la mayor naturalidad.

En el Cap. 1⁸, Jerusalén, asolada por los extranjeros, “ha quedado como una cabaña de viña, como la choza de un melonar” después que se ha hecho la cosecha. Todo por causa de las abominaciones del pueblo y de sus reyes; pero si Israel vuelve al Señor “aunque sus pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve; aunque fuesen rojos como

la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca" (1¹⁸). No olvidemos que habla un hombre del s. VIII a. C., si la comparación de lo blanco con la nieve y con la lana nos parece ahora demasiado trillada. En este caso, como en otros muchos, en casi todos, no va sola una figura poética; el *paralelismo* tan abundante en la poesía bíblica, y que muchos han considerado como su esencia, aunque no sea más que un valioso ornato, se da continuamente mezclado con las demás figuras, recalcando la idea, o fortificándola con viva antítesis. Es uno de los mayores encantos de este libro.

"Todo hombre malo vive o para corregirse o para ejercitar a los buenos", dirá el Aguila de Hipona. Los enemigos de Israel ejercen la profunda función con el pueblo escogido. Yo, dice Yavé, "tenderé mi mano sobre ti y purificaré en la hornaza tus escorias y separaré el metal impuro" (1²⁵) y al ser castigados por su Dios y despojados de sus vicios y costumbres vanas, de sus riquezas y comodidades "quedarán como terebinto despojado de su follaje y como huerto sin agua" (1³⁰). Sin embargo, que no se engrían los rebeldes, pues no es su fuerza la que triunfa sino la acción de Dios que les permite de momento humillar al pueblo judío para traerle de nuevo a Sí, pero el castigo verdadero se volverá contra los malvados y quedarán rotas sus fuerzas porque su poderío "es como estopa y su fuerza como una centella" (1³¹) y el castigo divino los arrebatará como la lengua de fuego que devora el rastrojo" (5²⁴); pero mientras esto no se lleve a cabo harán ostentación de su poder y el pueblo elegido tendrá, por su causa, mucho que sufrir hasta que los malvados sean arrancados de Israel, pues es Dios quien los envía como guerreros valerosos que vienen de lejos, fuertes en la guerra y hechos a las duras privaciones del servicio, "no se quitan de sus lomos el cinturón, ni se desatan la correa de los zapatos; los cascos de sus caballos son pedernal y las ruedas de sus carros un torbellino" (5²⁶) y el día que desaten su ira contra los malhechores "habrá un bramido como bramido de mar" (5³⁰) y "el corazón del pueblo temblará como tiemblan los árboles del monte a impulsos del viento" (7²).

El brazo armado de Yavé será distinto, según las circunstancias, unas veces "mandará a las nubes que no dejen caer su rocío sobre la tierra", provocando con ello el hambre y la angustia, otras abriendo las cataratas del cielo y arrastrando las cosechas los torrentes desbordados; a veces los castigará con peste, o bien con la guerra cruel que entraña en sí las consecuencias de los anteriores castigos. En (8⁵), el profeta nos presenta el avance arrollador del rey de Asiria, al frente de un ejército que irrumpe

en la heredad del Señor como un torrente desbordado. "Por haber despreciado este pueblo las aguas de Siloé (la paz de Jerusalén) que corren mansamente y haber temblado ante Rasín y el hijo de Romelia, va a traer contra él el Señor aguas de ríos caudalosos e impetuosos: el rey de Asiria con todo su poder que saltará todos los diques y se desbordará por todas las riberas y, llegando hasta Judá, la inundará y la cubrirá, llegándole el agua hasta el cielo". No se puede describir una invasión con más fuerza y menos palabras.

Después de la terrible angustia, de los atroces dolores y cruel destrucción llevada a cabo por la guerra asoladora en que habrán perecido los malhechores no quedará más que "un resto" a Israel, los selectos por su fidelidad al Dios de sus padres, que serán liberados por el Mesías Redentor. Se verá entonces una gran luz en el pueblo que andaba en tinieblas, "se multiplicará la alegría, se hará un gran júbilo y se gozarán ante El como se gozan los que recogen la mies, como se alegran los que reparten el botín" (9²). Pero la raíz de los malos aún intentará retoñar y no querrán volverse a El de todo corazón, "Yavé cortará la cabeza y la cola, el ramo y la caña en el mismo día; los ancianos, los padres, he ahí la cabeza; el profeta falso, doctor de mentiras, he ahí la cola" (9¹³).

Tiene tal fuerza la inclinación al mal en el hombre que no acaba nunca de sojuzgar plenamente sus pasiones, en él "la iniquidad se enciende como fuego que devora cardos y espinas y consume la maleza del bosque, subiendo el humo en remolinos" (9¹⁷). Las prevaricaciones del pueblo escogido, del que se dice "pueblo de Yavé", de sus selectos, son la causa de que, para su castigo, prosperen los infieles, a quienes Dios fortifica para que le sirvan de azote. Así el rey de Asiria, recontando sus victorias, lleno de orgullo por la facilidad con que se le rinden los pueblos, atribuyéndolo todo a su valía personal y a la fuerza de su ejército, sin reconocer que en todo ello actúa Dios que es quien distribuye los reinos de la tierra, dice: "Mi mano ha cogido las riquezas de los pueblos como se coge un nido, como quien se apodera de los huevos abandonados me he apoderado yo de la tierra toda y nadie sacudió las alas, ni abrió el pico, ni dió un chillido" (10¹⁴). Imagen realmente hermosa que nos hace recordar, entre el estrépito de la guerra y el fragor del combate, una estampa de paz; un nido arrebatado por un zagal mientras apacienta suavemente sus ovejas.

Los castigos divinos, particularmente en forma de opresión extraña, hacían reflexionar al pueblo que, por lo menos de momento, se volvía a Dios con ardor, lloraba sus pecados, se daba al estudio y puesta en

práctica de la Ley y “hacía de la justicia cinturón para sus lomos y de la fidelidad ceñidor para su cintura” (11⁵). La lástima es que los que quedaban eran muy pocos, lo que los profetas llaman “el resto de Israel” y es que en esos días hacía Dios “que los hombres fuesen más escasos que el oro fino, más que el oro de Ofir” (13¹²) traído desde lejos y con gran trabajo y riesgo.

De nuevo la bondad de Yavé para con su pueblo se volverá indignación contra sus opresores. La mirada de compasión y misericordia para ese corto número que le permanecen fieles, revertirá en ira y exterminio contra el pueblo de Babilonia que los sojuzga; y cuando se cumpla el plazo de purificación para los buenos, que coincidirá con la plenitud de pecados soportados a los malos, hará Yavé estremecer los cielos y temblar la tierra, “entonces, como cierva asustada, como ovejas sin pastor, se irá cada uno a su pueblo, huirá cada uno a su tierra” (13¹⁴), y “Babilonia, la flor de los reinos, ornamento de la soberbia de los caldeos será como Sodoma y Gomorra, no volverá ya a ser habitada” (13¹⁹), “quedará convertida en hura de erizos y fangosa charca y quedará barrida con la escoba de la destrucción” (14²³). El castigo alcanzará también a Moab y mientras sus valientes caen en los campos de combate, sus mujeres buscarán el abrigo de los torrentes y de las concavidades, para huir con menos peligro, cargadas con los enseres caseros: “como aves que espantadas huyen de su nido, así irán las hijas de Moab por los vadós del Arnón” (16²).

Tampoco Damasco quedará libre de la destrucción sino que será borrada del número de las ciudades y no quedará casi nada de ella, “como cuando el segador siega la mies y coge las espigas con su mano; como cuando se espiga en el valle de Refaim; como cuando se hace el rebusco después de cosechada la aceituna; dos o tres granos en la cima de la copa, cuatro o cinco en las ramas del árbol” (17⁵).

El profeta, atisbando con mirada de águila todos los horizontes patrios y adivinando los males que pueden sobrevenir por cualquiera de sus fronteras, advierte el peligro que para Israel se cierne por el Sur, procedente de un pueblo lejano “de tras los ríos de Cus, de elevada talla y piel brillante”, de Etiopía, cuyas fuerzas de guerra se presentan con “ruido de muchedumbres innumerables como el estruendo del mar, con tumulto de naciones como el estrépito de aguas copiosísimas” (17¹²); pero no hay peligro grave porque el pueblo de Yavé en estos momentos es fiel y, en semejantes circunstancias, siempre será asistido por su Dios que da la victoria a quien quiere y no se cuida del número de los guerreros, ni de la

fuerza de sus caballos y de sus carros; el ejército más poderoso y mejor pertrechado es ante El como nada y toda su fuerza cae por tierra en cuanto Dios fija que ese sea su destino: "Los amenaza Yavé y huyen lejos ahuyentados como el tamo de los limpiadores, arrebatado del viento, como el polvo arrebatado por huracanado torbellino" (17¹³) "aquel día serán los egipcios como mujeres, se aterrarán y temblarán ante la mano de Yavé Sebaot, tendida contra ellos" (19¹⁶). Tan rápida será la destrucción y tan insospechada que apenas se darán cuenta de ella; "como del mediodía el huracán desencadenado, así viene también esto del desierto de la tierra espantosa" (21¹).

Mientras los malvados se debaten con furor y meditan nuevos planes para reemplazar a los frustrados, la casa de Judá gozará de amplia paz y vivirá con seguridad pues el Elegido de Yavé "será un padre para los habitantes de Jerusalén y para la casa de Judá; el Señor pondrá sobre su hombro la llave de la casa de David, abrirá y nadie cerrará, cerrará y nadie podrá abrir; y "le hincará como clavo en lugar seguro y será hermosa silla de la casa de su padre" (22²²). De este modo todo estará seguro porque hay en ella un "hombre valiente y bien armado que la guarda" y aunque se produzca la devastación universal, que el profeta contempla en visión, aunque "la tierra se rompa con estrépito, retiemble, salte en pedazos, tiemble como un ebrio, vacile como una choza" (24¹⁹) no alcanzará ningún mal a la nación de los justos, como advertirá el poeta latino:

*Iustum ac tenacem propositi virum...
Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinae.*

y las acometidas de las aguas desbordadas, la lluvia torrencial, el viento huracanado, "la borrasca de invierno que es el aliento de los poderosos" (25⁴) se estrellará contra la casa sólidamente cimentada sobre piedra firme: el cumplimiento escrupuloso de la Ley divina. Los elementos atacantes son los que tendrán que desistir "pulverizados como se pulveriza la paja en el muladar" (25¹⁰) y en su afán por verse libres de la ruina, los pecadores harán esfuerzos sobrehumanos para salvarse, "Extendiendo sus brazos como los extiende el nadador para nadar" (25¹¹). La nación de los justos contemplará el horror desencadenado contra sus enemigos mientras se goza complacida en los bienes que se derraman sobre ella y que ya no esperaba, pues hasta "sus muertos revivirán, resucitarán sus cadáveres... porque su rocío es rocío de luz y renacerán las som-

bras del seno de la tierra" (26¹⁹) y vendrá un día en que Jacob echará raíces e Israel echará flores y retoños y llenará la tierra con su fruto" (27⁶).

Un poco más al Norte y en su misma vecindad, vive el pueblo hermano, "que no merece el nombre de pueblo (*Ecles.* 50²⁸) porque es rama desgajada del tronco de Jesé, empeñado en desoír la voz de los profetas y en caminar por veredas torcidas y sendas desviadas. El es también de la sangre de Abraham, pero esto no le servirá para la salvación pues "no hace las obras de Abraham, ni escucha a Moisés ni a los profetas" que le incitan a que confíe en Dios y se vuelva a El, a ejemplo de Judá. Yavé ha tenido con él mucha consideración a pesar de sus infidelidades y de las abominaciones idolátricas, llevadas a cabo en los bosques sagrados y en los altos, alentado por sus reyes desde que se produjo el cisma de Jeroboam, pero la paciencia y bondad de Dios van a dar paso a su justicia: "He aquí que Yavé manda a un fuerte y poderoso como turbonada de granizo, como huracán devastador, como chaparrón impetuoso de aguas torrenciales que todo lo inundan y derriban" (28³) y Samaria será "como breva tempranera que se adelanta a la cosecha y, en viéndola, se coge y se come" (28⁴). En cambio aquel mismo día Yavé Sebaot "será corona de gloria y diadema de hermosura para las reliquias de su pueblo" (8⁵) aunque la granizada "echará abajo el refugio de la mentira y las aguas torrenciales se llevarán el abrigo de la perfidia" (28¹⁷). Los mismos que con tanta crueldad se apoderaron de Samaria, pretenderán también la destrucción de Jerusalén y se presentará a ella "la muchedumbre de sus enemigos abundante como el polvo fino en el verano y la turba de sus dominadores como paja que vuela" (29⁵) al hacer la bielta; pero a pesar de su número no podrán contra ella porque la asiste su Dios y les sucederá "como al hambriento que sueña que come y se levanta con el estómago vacío; como sueña que bebe el sediento y se levanta luego agotado y desfallecido, lo mismo sucederá a la muchedumbre de los gentiles que atacan al monte de Sión" (29⁸). Sin embargo, a pesar de la salvación momentánea, el pecado permanecía en el interior amenazando nuevos males "como grieta en pared ruinosa, como joroba en alto muro, cuyo derrumbamiento llega de repente" (30¹³). Entonces será el ir de una parte para otra sobresaltados "huyendo mil amenazados por cinco hasta quedar como un mástil sobre la cumbre de un monte o como bandera sobre la cima" (30¹⁷); pero como los castigos de Dios sobre su pueblo no son para siempre y al castigar se acuerda luego de perdonar; el día de la vuelta "tendrás alegre el corazón como quien marcha al son de la flauta, para

ir al monte de Yavé, a la Roca de Israel" (30²⁹); a su presencia "los enemigos huirán como aves que levantan el vuelo" (32⁵); tendrá entonces Israel gobernadores que serán "como abrigo contra el huracán; como refugio contra la tempestad; como corriente de agua en tierra seca; como la sombra de una gran roca en tierra calurosa" (32²). Serán aquellos días de ventura para Judá, esos jefes le llevarán a combatir las batallas de Yavé y "sus guerreros se precipitarán sobre el botín como sobre los campos la langosta" (33⁴) mientras los pueblos enemigos serán dados al pillaje, condenados al anatema, destrozados sus árboles frutales y sus ciudades "reducidas a cenizas como zarzas cortadas y consumidas por el fuego" (33¹²). Sobre ellos se ejercerá un juicio riguroso. Será el día del Gran Juicio. El profeta lo contempla en espíritu como presente y ve a la milicia de los cielos disolverse, a los cielos enrollarse como se enrolla un libro y a todo su ejército de estrellas caer como caen las hojas de la vid, como caen las hojas de la higuera" (34⁴). "Los torrentes de Edom quedarán convertidos en pez y su polvo en azufre y la tierra parecerá pez que arde" (34⁹). Pero Jerusalén será liberada y será tanto por ello su gozo que hasta el desierto se alegrará, junto con la tierra árida; se regocijará la soledad y florecerá como un narciso... les será dada la gloria del Líbano, la hermosura del Carmelo y del Sarón" (35¹) y todas las criaturas se asociarán al contento de la ciudad en que tiene Yavé puesto su nombre, hasta "los cojos saltarán como ciervos" (35⁶).

Pero para que el pueblo sea digno de los favores de su Dios, sólo debe confiar en El, en su poder y en su bondad; no deberá buscar el apoyo de las potencias extranjeras con peligro de que le vuelvan a desviar del culto verdadero, de la observancia de la Ley; de ningún modo han de confiar en la "casa de la esclavitud", en Egipto, que es "la caña rota en que no se puede uno apoyar porque horada y hiere la mano que en ella se apoya" (36⁶) y eso en ninguna circunstancia, aunque lleguen los habitantes de Jerusalén a hallarse exhaustos de fuerzas "espantados y confusos (a causa de la guerra asoladora) y sean como la hierba de los campos... como el musgo que nace en los tejados, abrasado por el viento solano" (37²⁷), de todos sus males, aunque sean gravísimos, les librára su Dios.

Es el piadoso rey Ezequías, quien con su fidelidad a Yavé, que le intima sus preceptos y voluntad por medio de Isaías, procura la tranquilidad y el bienestar a su pueblo. El mismo será recompensado también. Se acerca el momento de su muerte y el profeta se lo anuncia de parte de Dios. El rey se duele y suplica a Yavé que tenga piedad de El: "Mi morada —dice— es arrancada, es llevada lejos de mí, como tienda

de pastores. Como tejedor, corta el hilo de mi vida y le separa de su trama" (38¹²) y eleva a Dios sus suspiros "chillando como golondrina, gimiendo como paloma" (38¹⁴), ya que tan corta es la vida del hombre que pasa volando y se marchita como las flores silvestres, porque "toda carne es como hierba y toda su alegría como la flor del campo" (40⁶). Pues en verdad, ante Dios, ni los hombres ni las naciones ni sus reyes son nada digno de ser tenido en cuenta; si les considera algo es sólo por pura bondad y gracia. Así ante las súplicas del rey se apiada y le concede quince años más de vida, aunque todos somos ante El "como gota de agua en el caldero, como un grano de polvo en la balanza. En ella las islas pesan lo que el polvillo que se lleva el viento" (40¹⁵), pues la tierra comparada con el cielo es muy pobre y árida y Dios "tiene su asiento sobre el orbe de la tierra cuyos habitantes son ante El como langostas. Tiende los cielos como ligera tela; los despliega como una tienda de morada... sopla sobre ellos y los deseca y como pajueta los arrastra el huracán" (40²²). Su espada "reduce a polvo a todos los que a El se oponen y su arco los dispersa como brizna de paja" (41²). Sin embargo, a pesar de su poder y total autonomía, no obra a capricho, ni por pasión. Es más, su voluntad santa se inclina siempre al bien y a la compasión, buscando la felicidad de esos gusanillos que ha creado, de los hombres en quienes "tiene puestas sus delicias" la Sabiduría Eterna, y si, a veces, tiene que castigar para procurar la enmienda de los descarriados, apenas advierte el primer síntoma de arrepentimiento, los vuelve a Sí y los consuela con las palabras más tiernas que puede encontrar una madre para acariciar a su hijo pequeñín e inocente: "Nada temas gusanillo de Jacob, coquito de Israel; Yo te haré como agudo rastrillo, nuevo y armado de dientes. Irás, trillarás y pulverizarás los montes y desharás en menuda paja los collados" (41¹⁴) y el Libertador que llegará pisará a los príncipes como se pisa el polvo" y "como el alfarero pisa el barro con sus pies" (41²⁵).

La historia del pueblo judío es, como la historia de la humanidad y la historia individual de cada hombre con respecto a Dios, y que un poeta español condensó en la conocida redondilla:

Te pintaré en un cantar
 La rueda de la existencia:
 Pecar, hacer penitencia
 y luego, vuelta a pecar.

Esto es, ni más ni menos lo que se ve reflejado a través de todo el relato bíblico y también en el libro de Isaías, de ahí su aparente desorden en los oráculos; tan pronto fulmina amenazas contra el pueblo rebelde, como se vuelve a él con la ternura maternal que acabamos de ver, para reprenderlo de nuevo a renglón seguido; porque bien sabe Dios que su pueblo es “un pueblo duro; su cerviz es una barra de hierro y su frente es de bronce” (48⁴) le “ha pasado por el fuego del crisol y no había plata, por la hornaza de la aflicción” (48¹⁰) y no ha encontrado virtudes. Si ese pueblo predilecto atendiera a sus Leyes “su paz sería como un río y su justicia como las olas del mar”, su descendencia sería “como los granos de arena; los frutos de sus entrañas como polvo” (48¹⁸).

Esa es, precisamente, la misión de los profetas; encaminar, por delegación divina, al pueblo ciego y débil a lo que puede conducirle a la paz; cortar los vicios y atacar los pecados de Israel; Isaías se presenta al pueblo investido de esos poderes y le muestra la sublime vocación que ha recibido pues “El hizo mi boca como cortante espada... hizo de mi aguda saeta y me guardó en su aljaba” (49²). A su voz, el pueblo arrepentido se volverá a Dios y los enemigos que despojaron a Israel volverán sus armas unos contra otros y se provocará entre ellos una gran matanza hasta el extremo de que “se embriagarán de su propia sangre como de vino dulce” (49²⁶) y tal será su destrucción y tal la actividad de las espadas, que caerán rotos “en pedazos como vestido viejo; la polla los consumirá” (50⁹). Pero esto no se hará sino después de que los pecadores hayan purgado su mal e incluso que víctimas inocentes hayan servido de holocausto aceptable ante la presencia de su Divina Majestad. El profeta ve a niños inocentes muertos en las plazas, a los hijos de Jerusalén “desfallecidos en las encrucijadas de los caminos, como antílopes cazados a lazo, ebrios de la ira de Yavé” (51²⁰) pues ni siquiera en ellos se ha encontrado pureza perfecta, y es que “todos andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada uno su camino” (53⁶).

“Pasarán los cielos como humo, se envejecerá como un vestido la tierra y morirán como las moscas sus habitantes” (51⁶) pero aunque pasen los cielos y la tierra, la palabra de Dios no pasará porque “como baja la lluvia y la nieve de lo alto del cielo y no vuelven allá sin haber empapado la tierra, sin haberla fecundado y hecho germinar... así la palabra que sale de mi boca no vuelve a Mí vacía, sino que hace lo que quiero y cumple su misión” (55¹⁰), encomendada a los guardianes del pueblo que deben hacer oír su voz y no estarse callados “como perros mudos” (57¹³) ya que los malvados son “un mar proceloso que no puede

aquíetarse y cuyas olas arrojan cieno y lodo" (57²⁰) por eso es preciso que los profetas griten en las plazas y en las calles y en todos los lugares en que el pueblo se junte, sobreponiéndose a su estrépito y haciéndose oír. A su voz, los verdaderos convertidos harán frutos dignos de penitencia, sirviendo de buen ejemplo a los falsos ayunadores quienes, excediéndose en su imitación, "inclinarán la cabeza como un junco" (59⁵) y se producirán días de gran sosiego para los justos "cuya luz brillará como la aurora" (58⁸) y por su caridad serán "como huerto cerrado, como fuente cuyas aguas no se agotan jamás" (58¹¹). En cambio los malvados "permanecerán a oscuras como muertos, gruñirán todos como osos y gemirán como palomas" (59¹⁰). Pero en Jerusalén "resplandecerá la justicia como la aurora y la salvación como brillante antorcha" (62³) y la misma ciudad será en la mano de Yavé "corona de gloria, real diadema en la mano de su Dios" (62³) y entonces se verá venir a los huídos, que se marcharon a lejanas tierras y vuelven para compartir la gloria de la nueva Jerusalén. Al verlos venir, sus felices moradores se preguntan: "¿Quiénes son aquellos que vienen volando como nube, como bandada de palomas que vuelan a su palomar?" (60⁸). Son el resto que ha quedado de Israel entre las gentes a quienes el espíritu de Yavé les condujo por en medio de los abismos "como a caballo por el desierto; los pastoreó como a la bestia que se lleva al valle" (63¹¹) y una vez en posesión de la paz y tranquilidad se vuelven a su Dios y le dicen; "Toda nuestra justicia es como vestido inmundado. Hemos caído como hojas secas y nuestras iniquidades como viento nos arrastran" (64⁵), pero aquí nos tienes, Señor, en tus manos, dispuestos a que hagas de nosotros lo que quieras, pues, "nosotros somos la arcilla y Tú el alfarero" (64⁷) y Dios, al verles humillados y contritos les responde lleno de amor: "Como los días de los árboles serán los días de mi pueblo" (65²²). "El lobo y el cordero pacerán juntos; el león como el buey comerá paja y la serpiente comerá el polvo. No habrá mal ni aflicción en todo mi Monte Santo, dice Yavé (65²⁵) sino que "enviaré a Jerusalén como un río la paz y la gloria de las naciones como torrente desbordado. Sus niños serán llevados a la cadera y acariciados sobre las rodillas" (66¹²), y hasta los huesos que, resecos, yacen en la tumba, "reverdecerán como la hierba" (66¹⁴).

"Dios es espíritu y sus adoradores le han de adorar en espíritu y en verdad" (Juan 4²⁴). Este pensamiento está expresado infinidad de veces en la Biblia, constituyendo como la base y fundamento de la religión. De ahí la prohibición repetida y recalcada de hacer estatuas, pinturas o cualquier representación plástica de la Divinidad, pues el pue-

blo, aún poco formado y en contacto constante con las naciones paganas de Canaán y Egipto, donde “todo era adorado como Dios menos Dios mismo”, corrían gran peligro de idolatría y de considerar al Dios de Israel como uno más de los que adoraban los otros pueblos.

Esta prohibición de plastificar el concepto abstracto de la Divinidad no siempre fué observada por el pueblo judío. En efecto, a los pocos días de haberse promulgado la Ley en el Sinaí, entre rayos, truenos y estruendo imponente, que llenó de pavor al pueblo, hasta el extremo de pedir a su Caudillo: “Háblanos tú y oiremos; no nos hable el Señor, porque moriremos”, les vemos danzar y celebrar fiesta idolátrica alrededor de un becerro de oro que Aarón, en un momento de debilidad, consintió erigir. A lo largo de la historia del pueblo de Israel leemos repetidas veces: “Hizo el mal a los ojos de Yavé, adorando los Baales y dando culto a las aseras y Astartés”... “y el pueblo se entregó a toda clase de abominaciones como lo habían hecho los pueblos que habitaron Canaán antes que ellos”. Ciertamente es que en el pecado llevaban la penitencia, pues cada vez que se apartaban de su Dios caían en manos de los pueblos vecinos, filisteos, madianitas... que los vejaban y oprimían, hasta que, abrumados de sufrimientos, volvían al buen camino.

Durante este tiempo no cesaron los profetas de inculcar las verdades de la fe en el pueblo, de poner a las claras la vanidad de los ídolos, y de exhortar a grandes y pequeños a la penitencia. Pero ellos mismos, al hablar de Dios, le presentan ante la imaginación de sus oyentes personificado, actuando como una madre, como un hombre, como un padre que castiga y ama, como un fuerte guerrero que vence y salva, como un caudillo victorioso que se ensaña en sus enemigos, derrotados en campaña, según eran las normas y las leyes de la guerra de entonces.

Así, pues, teniendo de Dios el concepto puro y claro de Ser Eterno, sin principio ni fin, de Espíritu Simplicísimo cuyos “camino son sobre nuestros caminos y cuyos pensamientos están por encima de nuestros pensamientos” (55⁹), el profeta siente la necesidad, para llegar al alma del pueblo, *de hacer imágenes de la Divinidad*. Esto es natural al hombre, ya que medimos las cosas desde nuestro ángulo visual y con nuestra propia regla, hecho consignado en la conocida frase: “El hombre es la medida de todas las cosas”. Si Dios “nos creó a su imagen y semejanza”, nosotros creamos en nuestra imaginación la idea de Dios a imagen y semejanza nuestra. Esto es lo que expresó Jenofonte al decir: “Si los bueyes, o los peces, o los demás animales pudieran formar-

se una idea de Dios, se lo representarían en forma de buey, de pez... así los etíopes hacen sus dioses negros...”.

Isaías, el más alto de todos los profetas, también prodiga más que ninguno este tipo de imagen: El *antropomorfismo*.

Bien sabe él que “Yavé es Dios eterno que ni se fatiga ni se cansa y cuya sabiduría no hay quien la alcance” (40²⁸) y que “Yavé que era al principio, es el mismo siempre y lo será en los últimos tiempos (41⁴) y aún lo repite en 43¹³: “Yo soy Dios desde la eternidad y lo soy por siempre jamás”. Pero el pueblo a quien se dirige necesita algo que hiera su imaginación; algo más familiar y próximo que el pensamiento abstracto de un Dios lejano que se oculta entre nubes. Necesita la imagen de un Dios que le hable en estos o en parecidos términos: “Si vosotros queréis y sois dóciles, comeréis los bienes de la tierra; si no queréis y os rebeláis, seréis devorados por la espada, *lo dice la boca de Yavé*” (1¹⁹). “Cuando alzáis vuestras manos, *Yo cierro mis ojos*, porque vuestras manos están llenas de sangre” (1¹⁵), en que Dios se pone al nivel de los hombres, aunque ostente siempre entre ellos la primacía y la autoridad, aun con riesgo de que el pueblo se solivianta contra El, ya que “sus obras son todas contra Yavé, *para irritar los ojos de su Majestad*” (3⁸), pero Dios se dejará oír de su profeta, quien comunicará al pueblo sus advertencias: “Así me ha hablado *la boca de Yavé*, mientras se apoderaba de mí *su mano* y me advertía que no siguiera el camino de este pueblo” (8¹¹). Por la protección personal que le muestra puede él confiar plenamente en Yavé “que oculta *su rostro* a la casa de Jacob” (8¹⁷) y no aplacará su ira sino que “*seguirá tendida su mano*” (9¹¹), mano ciertamente poderosa ya que “secará Yavé la lengua del mar de Egipto y *levantará con fortaleza su mano* sobre el río y herirá sus siete brazos que podrán pasarse en seco” (11¹⁵), llenando de espanto a los egipcios, que quedarán “aterrados como mujeres y temblarán *ante la mano de Yavé, tendida contra ellos*” (19¹⁶).

A veces nos le presenta como un fuerte guerrero que conquista y destruye las fortalezas enemigas: “Yavé *tendió su mano* sobre el mar e hizo temblar a los reinos y *ordenó la destrucción* de las fortalezas de Canaán” (23¹¹) después de “*salir de su morada* para castigar las iniquidades de los moradores de la tierra” (26²¹). Ningún culpable para quien se tiene preparado castigo podrá ocultarse, consiguiendo quedar libre de él, pues todo está claro a sus ojos y nada se le puede velar ni siquiera en el fondo de los abismos: “Aquel día castigará Yavé *con su espada pesada* al Leviatán... y matará al dragón que está en el mar”

(27¹). Se impondrá por el pavor y hará que le auxilién todos los elementos de la naturaleza y ninguno se le negará, pues obedecen ciegamente sus órdenes: “Hará oír Yavé *su voz majestuosa* y mostrará *su brazo amenazador*, en el ardor de su ira, en medio de fuego devorador, en tempestad, en aguacero y en granizo” (30³⁰). Después de esta preparación se lanzará a la lucha porque, ved lo que me ha dicho Yavé: “Como león que ruge o como cachorro de león que se arroja sobre la presa, contra el cual se reúne toda la turba de los pastores, pero no se acobarda ante sus gritos, ni se turba ante su número, *así Yavé Sebaot se lanzará a la lucha* en el monte de Sión, en su collado” (31⁴) y tal será el destrozo ocasionado en las filas enemigas, tal la cantidad de muertos y heridos que al terminar la batalla “*la espada de Yavé chorrea sangre y está cubierta de grasa*” (34⁶) y ese día será para Yavé un día de venganza, un año de desquite para la causa de Sión y “Yavé se *alzará* como en el monte de Perasím y *rugirá de cólera* como en el valle de Gabaón” (28²¹). Se le verá arder en cólera como un incendio violento, “*sus labios respiran furor, su lengua es como fuego devorador, su aliento* es como torrente desbordado que sube hasta el cuello, para acribar a las naciones en la criba de la destrucción y para poner un bozal de engaño a las mandíbulas de los pueblos” (30²⁷). ¡Qué imágenes más vigorosas! ¡Qué plenitud de fuerza en lo conciso de su expresión! Incluso se presta al combate singular, como era costumbre en las batallas de entonces, antes de lanzarse a la lucha los dos ejércitos que se mantenían en postura expectante mientras aquél se decidía: “He aquí al Señor Yavé, que viene con fortaleza: Su brazo dominará” (40¹⁰). “Avanza como un gigante, como guerrero se excita en su ardor. Lanza su grito, un potente grito de guerra y muestra sus fuerzas contra el enemigo” (42¹³). Vencedor en el combate, acaudilla a sus guerreros hasta conseguir la victoria final y con ella la paz, tan amada de los pueblos, que podrán sentirse seguros a la sombra de la bandera victoriosa del Sumo Rey que acogerá bondadoso a todos los que a El acudan, pues ahí habla Yavé: “Yo tenderé mi mano a las gentes y alzaré mi bandera a las naciones” (49²), pero no se quitará sus arreos militares, sus arneses, pues ellos son su timbre de gloria, sino que “se reviste de la justicia como de coraza y pone sobre su cabeza el casco de la salvación, se cubre de las vestiduras de la venganza y se viste del cielo como de un manto” (59¹⁷) hasta que todos los pueblos de la tierra se le rindan. Al verle volver victorioso se preguntan los que le ven llegar: “¿Quién es aquel que avanza enrojecido con vestidos más rojos que los de un lagarero, tan magníficamente vesti-

do, avanzando en toda la grandeza de su poder"? (63¹). Viene de Edom y de Bosra, de pisotear a sus enemigos como se pisa la uva en el lagar, por eso tiene sus vestiduras tintas en sangre.

Pero lo propio de Dios es la majestad y la gloria. Isaías, en su visión, contempla a Dios "*sentado* sobre un trono alto y sublime y sus haldas henchían el templo (6¹), desde él ejerce su acción de benéfico gobierno sobre la tierra, en especial sobre Israel: "Yavé es grande, *se sienta en los cielos* y llena a Sión de rectitud y de justicia" (33⁵), desde allí contempla las acciones de los hombres "desde los cielos, desde la morada de su majestad y de su gloria" (63¹⁵) porque "el cielo es su trono y la tierra el escabel de sus pies" (66¹).

A pesar de la fiera del guerrero y de la majestad del soberano no desdeñará ser el Buen Pastor que "apacentará a su rebaño, le *reunirá con su brazo, llevará en su seno* a los corderos, cuidará de las ovejas con crías" (40¹⁰) y "*llamará silbando* a las que están alejadas en el cabo de la tierra" (5²⁶).

O el diligente *agricultor* que "tiene una viña en fértil recuesto. El la cava, la descanta, la planta de vides selectas. Edifica en medio de ella una torre, construye un lagar" (5²) y entusiasmado con su viña, invita a los pasajeros a que canten su canción: "Cantad a la viña hermosa. Yo, Yavé, la guardo; Yo la riego a todas horas para que no caiga su follaje; Yo la guardo día y noche sin enojo" (27³).

O incluso a oficios menos nobles: "En aquellos días *afeitará* el Señor con navaja alquilada del lado de allá del río y *rasurará* las cabezas, los pelos del cuerpo y quitará la barba" (7²⁰).

Pero Dios es ante todo Caridad y San Juan le define así: "Deus charitas est". Isaías nos le presenta como padre, como madre y como esposo; tres escalas del amor que no admiten superación.

"Todo el día tendía Yo la mano a un pueblo rebelde que iba por caminos malos en pos de sus pensamientos" (65²²).

"Como consuela una madre a su hijo así os consolaré Yo" (66¹³).

"Como mancebo que se desposa con una doncella, así el que te edifica se desposará contigo Y como la esposa hace las delicias del esposo, así harás tú (Sión) las delicias de tu Dios" (62⁵).

Bellas son las *metáforas* en que nos presenta a "las puertas temblando en sus quicios" (6⁴); a "la espada devorando guerreros" (1¹⁹); al "sepulcro ensanchando su seno y abriendo su boca" (5¹⁴); a "la lengua de fuego devorando el rastrojo" (5²⁴); a "los cipreses que se alegran por la ruina de Babilonia en unión con los cedros del Líbano" (14⁸); a "la

tierra mostrando la sangre que ha bebido" (26²¹) y "embriagándose con ella" (34⁶); a "las islas viendo las maravillas de Dios y temblando mientras se espantan los confines de la tierra" (41⁵); a "los montes y collados saltando de entusiasmo a la vez que aplauden todos los árboles del campo" (55¹²); a "Jerusalén engalanándose como una novia" (61¹⁰)...

O las bellas *perífrasis* con las que para indicar que Dios hará caer sobre Israel a los egipcios y sirios dice: "Y llamará, silbando, a la mosca que está en los cabos del río de Egipto y a la abeja que está en la tierra de Asiria" (7¹⁸). Samaria será destruída. Isaías expresa este pensamiento de esta forma bella: "Será pisoteada la soberbia corona de los ebrios de Efraim y la flor marchita de su esplendoroso ornato que se alza sobre la cima en el fértil valle de los que se atracan de vino" (28³). Para nombrar a Etiopía dirá: "¡Ay de la tierra del zumbido de alas de tras los ríos de Cus! La que envía mensajeros por el mar en naves de junco sobre las aguas. Id volando, mensajeros, al pueblo de elevada talla y pie brillante, a la nación temible y lejana, a la nación fuerte y conquistadora, cuya tierra está surcada de ríos..." (18¹⁻⁴). Jerusalén será "Ariel, la ciudad en que habitó David" (29¹). Para nombrar a los magos de Babilonia dice: "Que vengan ahora, que te salven los que hacen la carta del cielo y observan las estrellas y hacen la cuenta de los meses, de lo que ha de venir sobre tí" (47¹³).

Bellísimos y numerosos son los *apóstrofes* en que el entusiasmo del profeta se desborda, ya invitando a las criaturas a prestar atención, guardando profundo silencio, ya animándolas a que se regocijen con él o a que lloren por alguna desgracia. Es el primero el que encabeza el libro: "Oíd, cielos, escucha, tierra, que habla Yavé". "Oíd la palabra de Yavé, príncipes de Sodoma", —dice en 1¹⁰— y al considerar la ruina de los puertos fenicios, exclama: "Gemid, naves de Tarsis, vuestro puerto no existe ya" (23¹) y exhorta a llorar también al mercader fenicio que atraviesa los mares, "cuyos mensajeros van sobre la muchedumbre de las aguas, cuya cosecha es el trigo de Sijor y su ganancia la feria de los pueblos" (23³). Sidón, la voluptuosa, que abunda en riquezas y placer ha de oír la execración del mar: "Avergüenzate, Sidón, pues no has sido madre, no has criado hijos" (23⁴) y todas las ciudades del litoral y sus moradores quedarán arruinados, sin morada, con necesidad de pedir abrigo en otras partes, a pesar del sonrojo que sentirán de verse de pronto transformados de ricos comerciantes en pobres prófugos hambrientos. La gente que les vea ir de una parte a otra se mofará de ellos, juntando a la *exhortación* la *ironía*; "Pasaos a Tarsis, lamentaos, moradores de la

costa. ¿Es ésta vuestra ciudad alegre, la de antiguo origen, que iba con sus pasos a lejanas regiones? ¿Quién decretó tal cosa contra Tiro, la coronada, cuyos mercaderes eran príncipes, cuyos negociantes eran grandes de la tierra?" Pasa a tu tierra, hija de Tarsis, que tu puerto no existe ya" (23⁶⁻¹⁰). La destrucción de los pueblos vecinos es la aurora que anuncia la grandeza de Israel. El profeta ve descender desde lo alto al Mesías Redentor e impaciente porque su llegada se acelere, increpa a los cielos: "Destilad, cielos, el rocío, desde arriba. Lloved, nubes, la justicia. Abrase la tierra y produzca el fruto de salvación..." (45⁸) y una vez conseguido, exhorta a toda la naturaleza a que se una a su alborozo: "Cantad, cielos, la obra de Yavé; resonad, profundidades de la tierra; saltad de júbilo, montañas; cantad todos, árboles de la selva, pues Yavé ha rescatado a Jacob y ha mostrado su gloria a Israel" (44²⁵).

La inconsistencia propia de las cosas humanas hace que se den en poco tiempo los cambios más sorprendentes; así, mientras Israel, que estaba humillado, ve acercarse días gloriosos, Babilonia, dominadora de extenso imperio, se precipita en su ruina. El profeta la contempla desolada y le dice: "Desciende y siéntate en el polvo, virgen, hija de los caldeos. No más trono. Siéntate en la tierra, hija de Babilonia. Ya no te llamarán jamás la delicada, la voluptuosa... Siéntate en silencio. Súmete en tinieblas, hija de los caldeos, ya nunca más te llamarán la reina de las reinas" 47¹ y 5).

La propia misión de Isaias se presenta con todos los caracteres de una cosa muy importante; para comunicarles la noticia impone silencio a las islas y exige que le escuchen los pueblos lejanos: "¡Oídme, islas; atended, pueblos lejanos! Yavé me llamó desde antes de mi nacimiento, desde el seno de mi madre me llamó por mi nombre" (49¹); por eso exige a los pueblos que presten atención a sus palabras: "Atended, pueblos, a mi voz; prestadme oído, naciones, que de mí viene la doctrina y mi Ley será la luz de los pueblos" (51⁴). A esta luz caminarán todas las gentes y del mundo entero se hará un solo rebaño que obedecerá a un solo Pastor, el Mesías glorioso, quien procurará una paz estable a la tierra y llamará también a aquel pueblo suyo que había dejado de ser su pueblo. Todo ello será motivo de un gran júbilo, pues hasta el "pueblo errante" volverá a ser consolado por su Dios: "Levántate, levántate, revístete de fortaleza, oh Sión, viste tus vestiduras de fiesta, Jerusalén, ciudad santa... Sacúdete el polvo, levántate, Jerusalén cautiva. Desata las ataduras de tu cuello, cautiva, hija de Sión" (52¹). "Levántate y resplandece, Jerusalén, que ya se alza tu luz y la gloria de Yavé alborea sobre tí..." (60¹). El

profeta no puede contener su entusiasmo por la nueva prosperidad, esta vez ya definitiva, con que Yavé ha favorecido a su pueblo y asocia a su alborozo a todas las criaturas: "Cantad, cielos; tierra, salta de gozo; montes, que resuenen vuestros cánticos, porque Yavé ha consolado a su pueblo" (49¹³).

Hay *enumeraciones* hermosas, como la del cap. 2¹², salpicada de imágenes: "Porque llegará el día de Yavé Sebaot, sobre todos los altivos y soberbios, sobre cuantos se ensalzan para humillarlos; sobre los altos y erguidos cedros del Líbano; sobre las robustas encinas de Basán; sobre los montes soberbios y sobre los altos collados; sobre las altas torres y sobre las fuertes murallas; sobre las naves de Tarsis y sobre todo lo bello a los ojos"...

Hasta encontramos una detalladísima *descripción* de modas femeninas en 3¹⁶: "Ya que tan orgullosas son las hijas de Sión que van con la cabeza erguida y mirando con desvergüenza, pisando como si bailaran y haciendo sonar las ajorcas de sus pies. El Señor afeitará la cabeza de las hijas de Sión y decalvará el Señor sus frentes. Aquel día quitará Yavé todos sus atavíos, ajorcas, redecillas y lunetas, collares, pendientes, brazaletes, cofias, cadenillas, cinturones, pomos de olor y amuletos, anillos, arillos, vestidos preciosos, túnicas, mantos, bolsitos, espejos y velos, tiaras y mantillas"...

Los *paralelismos*, multiplicados en todo el libro, lo llenan de encanto. Asimismo las *exclamaciones* e *interrogaciones* e incluso algunos datos históricos sueltos, como el de 13¹⁷, donde hablando de los medos, dice "que no se cuidan de la plata ni codician el oro"; o el de 65¹¹, que, al atacar a los prevaricadores de Israel, acostumbrados a las formas y costumbres paganas, dice de ellos que "aderezan mesa para la diosa fortuna y llenan las copas para libar al destino". Hay mofa y sarcasmo en 14¹⁰⁻²¹. Exhortaciones llenas de cariño, como la de 26²⁰: "Anda, pueblo mío, entra en tu casa y cierra la puerta tras de tí; ocúltate un poco, mientras pasa la cólera". Preciosa y detallada descripción de las tareas de la trilla en 28²³⁻²⁹ y también descripción minuciosa de las diversas manipulaciones del artífice que elabora la imagen de un ídolo en 44¹²⁻²¹. E incluso capítulos de un realismo impresionante, como lo es el 57.

A manera de síntesis se puede señalar que los elementos tomados por el profeta para hacer más palpables sus vaticinios, lo abarcan todo. Isaías tiene un saber enciclopédico. Lo mismo se eleva a la sublime excelsitud de los cielos para contemplar la gloria de Yavé en el Monte Santo, sirviéndole de trono las nubes y haciendo resonar los truenos y vibrar el rayo, al

tiempo que descarga aguaceros y pedriscos, como descende a las más vil-les criaturas y nos habla de los erizos, de los ratones y de las arañas, de los áspides, basiliscos y serpientes. No podemos afirmar que use unas imágenes más que otras. Usa las que le convienen según sea el asunto de que trata. Ahora bien, como el estilo de su libro se mantiene en un tono elevado, los elementos grandiosos son los predominantes. Pero en él desfila la *Majestad de Dios* a quien sirve todo el ejército de *las estrellas* y a quien acompañan todos *los fenómenos atmosféricos* en sus manifestaciones más impresionantes —la lluvia y la nieve, el torbellino, el huracán devastador, la borrasca de invierno, la granizada, el chaparrón impetuoso de aguas torrenciales—; *la aurora* y *el rocío*, la luz, *las aves del cielo* con sus nidos, los pájaros, golondrinas y palomas; los *príncipes* con sus coronas y sus cetros; los *ríos* caudalosos con sus inundaciones y el estrépito de sus aguas; *el mar* con sus bramidos y el estruendo de sus olas, las naves de Tarsis... Los *elementos todos de la guerra*, los carros falcados, el botín, las bandéras, la cortante espada y la aguda saeta, la coraza, el casco, el manto guerrero... las altas torres y las fuertes murallas; *las partes del cuerpo humano*, la lengua, los brazos, los ojos, la cabeza... *Los oficios* humanos y *los útiles* empleados por los artifices, tejedores, alfareros, fundidores, lagareros, agricultores, que utilizan la grana, la púrpura, la lana, la hornaza, las escorias, el metal, las barras de hierro, el bronce, el crisol, la arcilla, el agudo rastrillo: *la vestimenta*, los cinturones para los lomos, las telas ligeras, los mantos vistosos...; *la vivienda*, las moradas suntuosas de los reyes, las humildes chozas y cabañas, la tienda del pastor nómada en el desierto; *las necesidades humanas* de hambre, sed, sueño, fatiga; *los banquetes y fiestas*, el son de la flauta, el vino dulce y la embriaguez; *los elementos caseros*, la llave de la puerta, los clavos con que se fija al suelo la tienda, las sillas...; *la agricultura*, el huerto, el agua, el astrojo, las faenas de la siega y trilla, la recolección de la aceituna, el tamo de los limpiadores; *los árboles*, los terebintos, las higueras, los altos y erguidos cedros del Líbano, las robustas encinas de Basán, las raíces y los retoños, las flores y los frutos; *los animales del campo y los domésticos*, los caballos, las ciervas asustadizas, las ovejas, los antílopes, la langosta, las moscas y los perros; *los montes* soberbios y los altos collados, el Líbano, el Carmelo y el Sarón; las flores del campo, los narcisos; las cañas y los juncos; el oro fino, el fuego, el libro que se enrolla; los *insectos*, moscas, arañas y abejas, *las rocas* que hacen sombra en el desierto; *la hierba de los campos*, el musgo, la maleza, los cardos, las espinas, las zarzas y las cañas; el humo, el polvo y la paja que vuela, el

desierto, los abrigos y refugios en la soledad; los muertos y sus sepulcros, los cadáveres y las sombras, la pez, el azufre, la paja en el muladar... todo tiene su puesto en este libro maravilloso, desde lo que resulta más agradable a los ojos y al apetito, hasta lo repugnante y feo para provocar intenso contraste. El cielo empíreo y el sidéreo con todo su ejército de estrellas, el cielo atmosférico con los seres alados que lo pueblan y este bajo suelo con los hombres, sus principales habitantes, sujetos a los altibajos de la fortuna, a los trabajos impuestos como castigo del pecado, a las fugaces alegrías que, como gota de agradable licor, pueden degustar a veces, y los seres todos, puestos al servicio del hombre, así como las fieras que le niegan su obediencia, todos sirven en la mente de este excelso cantor de Israel para poner más de realce sus vaticinios, para impresionar más vivamente la imaginación, para hacer vibrar con mayor fuerza las cuerdas del sentimiento, al servicio de la idea religiosa que le mueve: *Conservar puro e inviolado el depósito sagrado confiado a Israel*, tanto en el dogma como en la moral.

* * *

Infinitas son las bellezas literarias de este libro que podrían consignarse aún, sobre todo, haciéndolo sobre el texto hebreo, donde se puede apreciar la elegancia del verso, la armonía imitativa, la concisión y vigor del pensamiento, encuadrado, casi independientemente de los demás, en un solo verso, y ese "quid divinum", alma de la poesía, tan sutil que se nos escapa, aunque advertimos su presencia por el benéfico influjo que ejerce sobre nosotros al saborear la obra poética.

Tampoco hemos osado detenernos en comentarios, empresa superior a nuestras fuerzas, y que además rebasaría los límites de un trabajo como el presente, ya de por sí bastante extenso. Nos hemos limitado a subrayar y destacar lo más saliente y luminoso en la primorosa dicción isaiana. También el comentario debería hacerse sobre el texto original, para no perder los matices de los términos y la elegancia propia de la dicción poética, teniendo en cuenta el genio peculiar de la lengua hebrea. A los genios es fácil admirarlos, pero muy difícil comentarlos; para ello se precisaría ser un genio como ellos. Para comentar dignamente a Isaías casi haría falta ser otro Isaías. Es muy significativo que entre los Padres y Doctores de la Iglesia solamente S. Cirilo de Alejandría, San

Jerónimo,, Doctor Máximo en Sagradas Escrituras, y el Doctor Angélico le hayan comentado íntegramente aunque ateniéndose a la parte doctrinal. Queda aún, por lo tanto, mucho que hacer en la exégesis de este profeta, sobre todo en el campo casi inexplorado del estilo de este escritor sin par, uno de los más brillantes, si no el que más, de la literatura universal.

A. Llamillo García
Marista

(Seminario de Filología Hebraica).